



LA GRAN CIENCIA

I.

¿ES CIENCIA?



AMOS á descubrir por un momento la nebulosa fisonomía de la ciencia que hoy ilumina las regiones del mundo civilizado. No hay que asustarse; seré breve.

Buscar el principio de los conocimientos, la regla de los juicios y el fundamento de los deberes del hombre, es el objeto de la filosofía. Así es «que no se muestra con los caracteres esenciales que la constituyen sino cuando ha fijado los principios fundamentales de los conocimientos humanos. Hasta entonces, incompleta, incierta, no sale del rango de las simples opiniones. Luego que ha encontrado estos principios que han de servirle de piedra angular, es cuando se constituye en verdadera ciencia». De ese modo se expresa un filósofo

racionalista en un momento verdaderamente razonable.

A mí me ocurre preguntar: El variado conjunto de doctrinas y de sectas de que se compone la filosofía que llamamos moderna, ¿tiene derecho para aplicarse el dictado de ciencia?... Es decir: ¿ha fijado los principios fundamentales de los conocimientos humanos? Veamos.

Esta *ciencia* inquisitiva, escudriñadora, ¿qué ha averiguado acerca de Dios? Esta misma filosofía moderna, vieja ya en tiempo de Cicerón, le hacía exclamar al padre de la elocuencia latina: «Entre las diversas cuestiones entabladas por los filósofos, sin haber podido resolverlas, una es la cuestión de *la naturaleza de los dioses*. Sobre este grande objeto han emitido los sabios tantas y tan contradictorias opiniones, que por este solo hecho está uno autorizado para pensar que el principio de toda filosofía es la necedad». Y no se detiene aquí la ingenua desesperación del filósofo pagano; pues, reconociendo la impotencia de la razón abandonada á sí misma, añade: «En presencia de tanta obscuridad, de tantas opiniones contrarias de parte de los hombres más grandes, yo me veo obligado á atenerme á este principio: que el hombre no puede comprender nada, ni estar cierto de nada».

Pues bien: aquella misma filosofía, cuyo sistema consiste en no creer en ninguna autoridad y no ceder sino á las razones que después de haber reflexionado parezcan mejores á cada uno, es la

que, pasando por el método experimental de Bacon, abre paso de nuevo al materialismo de Epicuro; la misma que, renaciendo en la duda metódica de Descartes, resucita el escepticismo de Platón; la misma, en fin, que, vivificándose en el método de demostración de Leibnitz, despierta en los entendimientos el racionalismo de Zenón. Esa misma es la que, desenvolviéndose después en el sensualismo de Locke, en el escepticismo de Hume, en el idealismo de Berkeley y en la razón pura de Kant, ha cubierto el mundo intelectual de pavorosas tinieblas, y al conjunto de esas eternas obscuridades es á lo que llamamos filosofía moderna.

Yo vuelvo á preguntar: ¿Esta ciencia es ciencia?

II.

D I O S.

Y bien: después del concurso sucesivo de tantas y tan poderosas inteligencias; después de tanto tiempo, de tanto estudio, de tanta sabiduría, ¿qué ha averiguado de cierto acerca de *la naturaleza de los dioses*?... ¿A cómo estamos hoy día de la fecha acerca del *grande* objeto de la primera causa?...

¡Oh inagotable juventud de la ciencia!...; estamos en el principio. La misma obscuridad, la misma confusión, la misma variedad de opiniones encontradas.

Dios es todo, ó no lo es nadie, ó lo es cualquie-

ra... ¿No os satisface ninguna de esas tres averiguaciones?... No importa; hay otras: Dios es una hipótesis; ¿no?... Dios es una palabra. Si esto os parece demasiado vago, demasiado obscuro, la ciencia *positiva* os dará más pormenores: Dios es el *gran ser*, y ese *gran ser* es... la *Humanidad*. Acaso tengáis esta averiguación por un poco arbitraria; mas no hay que afligirse, porque la ciencia moderna va á pronunciar su última palabra. Basta ya de vacilaciones, de medias tintas, de vaguedades; la cúpula del edificio de la impiedad debe ser la blasfemia..., la blasfemia científica..., *Dios es el mal*.

Acerca de este punto, la filosofía moderna no ha salido del caos en que vivió la filosofía antigua...; sus investigaciones no han sido más afortunadas. De cualquier modo, toda la variedad de sectas en que se divide desde Epicuro á Carl Vogt, vienen á unirse en un fin común: el ateísmo. La proscripción de Dios decretada por el hombre: Dios sustituido en la filosofía por la razón libre, en la ciencia por la naturaleza, en la moral por la ciencia independiente, en la historia por la fatalidad, en la sociedad por el socialismo. La *primera causa* es un misterio impenetrable, y he aquí que le falta el primer *fundamento de los conocimientos humanos*; mas no se detiene, y deifica á la razón que tanto yerra, á la naturaleza que se ignora á sí misma, á la conciencia que tan fácilmente se turba, á la fatalidad que es ciega..., al socialismo que es

la negación de la sociedad; y sin más ni menos, con una expedición admirable y con una audacia increíble, construye á su gusto un género humano, digámoslo así, científico, sin origen, sin libertad, sin responsabilidad, sin moral, sin providencia y sin justicia.

¡Dios!... ¿Qué necesidad hay de semejante cosa?... Se empeña el género humano en que lo ve, en que lo siente, en que posee la tradición cierta de su existencia; se empeña en confirmarlo el consentimiento universal de todos los tiempos, de todos los pueblos, de todas las generaciones... Quimera vana, quimera que urge disipar. La ciencia libre no puede someterse á esa manía del género humano. No basta suprimirlo en nombre de la razón, de la naturaleza, de la conciencia, de la fatalidad; es preciso además infamarlo.

Y en presencia de tanta obscuridad, de tanta confusión, de tantas y tan contradictorias opiniones, y de tanta audacia, me creo también autorizado á decir que el principio de toda esa filosofía es la necedad. Imaginaos un hombre que, perdido en la confusión de las calles de una gran ciudad, busca á su padre, y en atención á que no lo encuentra, se declara sencillamente hijo de sí mismo. No hace otra cosa la filosofía moderna en la investigación de la primera causa.

III.

EL HOMBRE.

Y del hombre, ser independiente, limitado, mortal, ¿qué es lo que piensa?... ¿Qué han inquirido los filósofos modernos del *bipede implume* de Platón ó de las hermosas bestias de la piara de Epicuro?... ¡El hombre!... ¡Ah! ¡aquí sí que ha hecho averiguaciones la filosofía!... Por una parte es la *apoteosis de la humanidad*...; por otra, el *Yo absoluto*. Algo más jurídicamente considerado, viene á ser el *dominio de su personalidad*. Visto de arriba abajo, no ofrece otro aspecto que el de la *necesidad de su ser*. Yo, que tengo la certidumbre de que he nacido y la evidencia de que he de morir, no encuentro en mi flaqueza, en mi debilidad, en mi humillación, nada que se parezca á una apoteosis. Yo, infeliz criatura, en quien todo es contingente, limitado, relativo, no veo en mi ser ningún yo absoluto. Yo, que no me he concedido la vida, ni puedo evadirme de la muerte, que vivo sujeto á las leyes de la naturaleza y á las de la sociedad, que no sé por mí sólo dominarme ni poseerme...., ¿qué especie de dominio es el de mi personalidad?...

Pero no; nada de eso: yo soy la *necesidad de mi ser*. ¡Estupenda averiguación! ¡Yo me soy necesario á mí mismo, ó, lo que es igual, mi ser ne-

cesita de mí para que yo sea yo! Ó bien es, que yo tenía necesidad de ser. ¿Cuándo? ¿antes de haber sido?... Juro formalmente que no recuerdo haber experimentado en esa época semejante necesidad. ¿Después de haber nacido? ¡Ah!; es evidente; yo no puedo vivir sin mí; no puedo existir más que conmigo.

Todavía, sin embargo, no es ese el hombre. Por esas esplendorosas designaciones podréis concebir una idea aproximada, un indicio vehemente, pero que todavía no es la idea definitiva. La ciencia, al fin, lo ha sorprendido en un momento de abandono, y ha penetrado en el hondo secreto de su existencia... Ya no tiene escape; su tenaz reserva ha sido inútil; está resuelto el problema, descifrado el enigma. La esfinge de la filosofía va á disipar las obscuridades del misterio: oid al oráculo.... ¡Bah! : el hombre *es un ser indefinido*.

¿No lo entendéis?... Es un ser ignorado; un extranjero que llega de un país desconocido. ¡Qué capricho!... Viaja de riguroso incógnito; ni él mismo se conoce. No le preguntéis qué es, porque no lo sabe. ¿Y no habrá por el mundo algún filósofo que me presente á mí mismo para que tenga yo al menos el gusto de tratarme?... Sí, aquí está Vogt, Vogt y toda su numerosa escuela; Vogt, que da *lecciones sobre el hombre*. Todo el misterio se encuentra reducido á una simple cuestión de genealogía... Este filósofo ha penetrado en el secreto originario de la familia. Ya no hay duda acerca de ello; la

luz está hecha, y vamos á vernos con toda la claridad de la ciencia. Sí, no hay que darle más vueltas. ¡Oh secretos inescrutables de la naturaleza!.... El hombre *es el mono perfeccionado*.

Vosotras, gentes sencillas, que acudís al *Retiro* y penetráis llenas de curiosidad en la *Casa de fieras*, y os desternilláis de risa alrededor de la gran jaula donde saltan en continua inquietud tantos monos prisioneros, no os moféis de sus contorsiones, no os burléis de sus muecas, porque la naturaleza no os ha dispensado todavía de los deberes que impone el respeto de los hijos á los padres. Esos cuadrumanos que escarnecéis con disculpable ignorancia, son nuestros ascendientes, nuestros abuelos; á ellos les debemos el ser, la vida, la inteligencia; ellos forman el tronco permanente del árbol genealógico de que nosotros somos las ramas.

Si la naturaleza en un momento de mal humor rompió el molde en que perfeccionó al mono haciéndole hombre, sería sin duda con el fin de perpetuar la especie originaria de la familia humana, para que el mono mismo sea á los ojos de la ciencia el testimonio vivo, auténtico de nuestro origen.

Y he ahí cómo hemos venido á ser contemporáneos de nuestra más lejana ascendencia.

IV.

RESUMEN.

Tenemos, pues, respecto á Dios, todas las tinieblas de la filosofía pagana y todas las blasfemias de la filosofía moderna; las sombras del paganismo y las ceguedades de la impiedad. Respecto del hombre, la misma obscuridad, la misma ignorancia, la misma degradación, las mismas extravagancias. Reduciendo á términos precisos la varia doctrina de la razón libre, venimos á caer en estas dos conclusiones filosóficas:

Dios es una simple quimera.

El hombre es una mera casualidad.

Ciertamente que no han de satisfacernos tan pasmosas averiguaciones, porque, por mucho que reduzcan nuestro entendimiento las voluptuosidades del *idealismo*, ó embriaguen nuestros sentidos los deleites del *materialismo*, siempre se levantará del fondo de nuestro ser una voz profunda, íntima, que clamará diciendo: « ¡Mentira!.... ¡Ignominia!.... » Pero esa voz misteriosa es una voz empírica; no es la voz de la ciencia independiente, de la filosofía libre; y mientras el mundo ignorante cree, ama y espera, la sabiduría moderna, á título de ciencia, enseñará á los hombres la incredulidad, la desesperación y el odio.

Pero bien; no siendo Dios Dios, ni el hombre

TOMO XI.

7

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

hombre, ¿qué se ha descubierto acerca del alma humana?... ¿Qué hemos de hacernos de ella?...

Tan curiosas son las investigaciones de la filosofía de que hablamos respecto á este punto, que bien merecen el honor de un capítulo aparte.

Por lo que á mi hace, esta tarea me cansa, me angustia, me aflige, y dejo la pluma, embargado el ánimo por el desconsuelo y la tristeza.

V.

EL ALMA.

Hay una palabra que se pronuncia en todas las lenguas, que tiene su expresión en todos los idiomas, una voz que está siempre en la boca del hombre, que viene de una época remota, repetida de siglo en siglo, de generación en generación, de pueblo en pueblo. *Alma*. ¿Qué es eso? ¿Cuál es su sentido? ¿Qué significa?... Yo quisiera saber qué cosa es esta que hay dentro de mí, que no me deja ni un instante de reposo, que me descubre mundos que mis ojos no ven, que me angustia con dolores, y me recrea con delicias que mi cuerpo no siente, que me saca fuera de mí mismo iluminando á mi alrededor horizontes ignorados, y me enseña á descubrir secretos impenetrables á mis sentidos. Preguntamos á la sabiduría pagana.

¿Es el fuego de Zenón? ¿Es el movimiento con-

tinuo de las fibras del cuerpo, imaginado por Aristóteles y por Aristóxenes? ¿Es el número de Xenócrates y de Pitágoras? ¿Son las tres almas de Platón?... La filosofía pagana no acertó á salir de esas sabias extravagancias. Oigamos ahora á la ciencia moderna.

El alma viene á ser *una porción del cerebro*.

Error.... error profundo. Nada de eso; en vez de una porción del cerebro, es sencillamente *la sangre*, la sangre que sube y baja, que entra y sale, que va y viene, que no para ni un momento mientras dura la vida.

Pero no nos alucinemos.... ¡La sangre! No hay tal cosa.... Ahora sí que la hemos cogido: Es *la armonía preestablecida*.... ¡Qué duda cabe! *Armonía*: ¡qué bella palabra!; *preestablecida*: ¡qué rigor filosófico!

Mas discurramos con calma; no hay para qué precipitarse, porque la filosofía no tiene prisa. Agotemos los recursos del raciocinio; puede muy bien ser otra cosa, y no debemos apresurarnos.... ¡Quién sabe! ¿Por qué no ha de ser, por ejemplo, el resultado de *las causas ocasionales*, ó un fenómeno de *la influencia física*, ó si no la simple *perfección del organismo corporal*? ¡Qué duende tan misterioso!.... ¡qué substancia tan rebelde! ¡qué fácilmente se escapa del alambique de la razón soberana!.... Mas acaso en el resumen de todas esas opiniones filosóficas encontremos algún vestigio del alma humana.

Prestemos por un momento oído á las conclusiones de la escuela de Moleschott :

« La voluntad es la expresión necesaria de un estado del cerebro , producida por influencias exteriores ; no hay voluntad libre. »

« Un crimen es el resultado lógico, directo é inevitable de la pasión que anima. »

« Sin fósforo, no hay pensamiento. »

« La conciencia es también una propiedad de la materia. »

Conclusión definitiva : No hay tal alma.

Jouffroy , más tímido , aplaza la cuestión para más adelante, en atención á que « la humanidad no está todavía bastante madura para tratar la cuestión del alma ».

Perfectamente: pero ¿qué hacemos entretanto?... ¡Justicia Divina, con qué claridad resplandeces hasta en la tenebrosa ciencia de los impíos!

Sus espantosas negaciones son el testimonio más auténtico de tu eternidad y de tu gloria.

VI.

CRITERIO DE VERDAD.

¿Y cuál es el criterio de verdad que ha encontrado esa filosofía en el curso sucesivo de sus investigaciones metafísicas?... No es en este punto menos incierta y menos oscura.

Para Varrón no había nada cierto fuera de las

instituciones políticas ó civiles del país; para Cicerón todo era dudoso, fuera de las creencias religiosas de cada pueblo, y Carneades, en fin, sólo veía en el consentimiento universal el fundamento único de toda certidumbre. La antigüedad pagana de Grecia y de Roma dió con esas tres maneras principales para distinguir lo cierto de lo dudoso, lo verdadero de lo falso ; pero la edad moderna, más fecunda en recursos, ha puesto á nuestro arbitrio una verdadera serie, una generación completa de criterios.

La experiencia.

La razón suficiente.

El instinto.

El hábito.

El sentido moral.

El sentido natural.

El sentido común.

El sentido interno.

La sociabilidad.

La identidad.

El principio de contradicción.

No podrá decirse que no nos ha dotado de modos bastantes para saber la verdad. ¡Cuánto criterio!... ¡Cuánta piedra de toque!... y, sin embargo, no encuentra por ninguna parte el oro precioso de la certidumbre. En presencia de tanta confusión, de tantos pareceres, de tantas opiniones, será preciso retroceder muchos siglos, y, desesperados de nuestra propia impotencia, exclamar con los dos filósofos más grandes de la antigüedad: «No

se debe admitir como verdadero más que aquello que á cada uno le parezca verdadero, consultando á la naturaleza»; ó bien: «Como no es posible obtener certidumbres, nos detenemos en las probabilidades». Así, la razón, abandonada á sí misma, cae de las cumbres de la falsa sabiduría en los abismos de la verdadera ignorancia. ¡Cuán triste es el destino de esa ciencia infausta! Siempre la duda, siempre la incertidumbre; es á la vez el suplicio de Tántalo y el castigo de Ícaro; como las tempestades, lleva delante la obscuridad y deja en pos de sí los desastres.

Todo lo quiere inquirir, y acaba siempre por negarlo todo; niega á Dios, niega el alma, niega al hombre: negando á Dios, niega toda justicia y toda providencia; negando el alma, niega toda moral; negando al hombre, niega la sociedad misma. Reduciendo las ideas á meras sensaciones, niega también las ideas. Como la filosofía del paganismo, desconoce el *supremo bien*, lo ignora; y, como ella, lo busca en la ciencia, en la riqueza, en la apatía, en la indiferencia, en la ausencia de todos los dolores, en la posesión de todos los placeres, en los goces del espíritu ó en los goces del cuerpo, y no lo encuentra, y también lo niega.

Condenada al horror de una incertidumbre eterna, dividida y subdividida en escuelas, en sectas, en opiniones y en pareceres, sin un criterio común de verdad á que atenerse, acaba al fin por negarse á sí misma.

VII.

NO ES CIENCIA.

No es ciencia, porque no ha sabido fijar los principios fundamentales de los conocimientos humanos. No es moderna, porque no ha hecho más que recoger y resucitar todos los errores, todas las extravagancias, todas las tinieblas de la filosofía pagana, renovando el escándalo de sus interminables disputas, despertando sus abominables costumbres y sus degradantes vicios. No es filosofía, porque ¿dónde tiene el principio seguro de los conocimientos, la regla fija de los juicios y el fundamento permanente de los deberes del hombre? No es, pues, ni verdadera ciencia, ni verdadera filosofía, ni siquiera una verdadera novedad.... ¿Qué es, pues? La audacia de la soberbia, la desesperación de la impotencia.... Me atrevo á decirlo: el oprobio del entendimiento humano.

En sus tenebrosas soledades se han perdido grandes talentos, poderosas inteligencias, nobles propósitos y bellos caracteres, y los nombres ilustres que puede invocar en honor de su triste gloria, en vez de absolverla, la condenan; no la amparan; más bien la denuncian. Nada cierto ha encontrado en ella ni el genio de la antigüedad, ni el genio de la edad moderna, y entonces, como ahora, no ha recogido de la esterilidad de su sabi-

duría ni virtudes, ni felicidades que ofrecer al hombre sobre la tierra.

En cambio, ha cubierto el mundo de sombras, de tempestades y de degradaciones: al querer ahogar la *Fe*, ha sembrado en el espíritu humano las más bochornosas credulidades; al querer arrancarle la *Esperanza*, le ha infundido la desesperación, y al querer extinguir la *Caridad*, ha despertado entre los hombres el egoísmo, el odio y la envidia.

¡Ciencia orgullosa! No te debo ni una verdad, ni una alegría, ni un consuelo. No puedo mirarte sin indignación; creo que te burlas de mí; unas veces me adulas, y otras me insultas; ya me elevas á la categoría de un Dios, ya me impones la ignominia de proceder de una bestia salvaje; deificas mi razón, divinizas mi inteligencia, y al mismo tiempo me condenas al deshonor de no ser más que materia bruta. Tú le robas la nobleza á mis ideas y el perfume á mis sentimientos, y causas en mí una embriaguez llena de angustia, porque eres el vértigo que produce el abismo.

Y la sociedad, ¿qué te debe?... ¡Ah! Te debe el escepticismo en que vive, la convulsión en que se agita, la inquietud en que se mueve, el desierto moral en que habita. Te debe su egoísmo, las frialdades de su alma, las inconstancias de su corazón, la inestabilidad de sus intereses, el rebajamiento de los caracteres, el mercantilismo que nos hiela.... Te debe las tormentas del mundo político, la tiranía del

éxito, la lucha formidable entre el capital y el trabajo..., las terribles conquistas de la *Internacional*, los horrores de la *Commune*. Todo eso te debe.

Ella es, para que acabemos de conocerla y de bosquejarla, la que ha convertido la libertad legítima del hombre en afrentosa licencia; el número, en razón; la duda, en ciencia; el éxito, en derecho; el interés, en ley; la voluptuosidad, en arte, y la sensualidad, en costumbre.

